A vueltas con la esperanza

Javier Antolín Sánchez
Estudio Teológico Agustiniano de Valladolid
ORCID: 0000-0002-1514-9073
javierantolino@hotmail.com

Recibido: 15 marzo 2025 / Aceptado: 5 abril 2025

Resumen: En el siguiente texto hago una presentación del libro de Byung-Chul Han *El Espíritu de la esperanza. Contra la sociedad del miedo*, pero al mismo tiempo insisto o refuerzo algunos aspectos de la esperanza cristiana que no están suficientemente reseñados.

Palabras clave: Esperanza, Moltmann, Byung-Chul, escatología, desesperación.

Around with hope

Abstract: In the following text I present Byung-Chul Han's book *The Spirit of Hope. Against the Society of Fear*, but at the same time I insist on or reinforce some aspects of Christian hope that have not been sufficiently highlighted.

Keywords: Hope, Byung-Chul, Moltmann, Escathology, Despair.

En el siguiente texto voy a presentar el libro de Byun-Chul Han (2024). *El Espíritu de la esperanza. Contra la sociedad del miedo*, Herder, Barcelona. No lo considero un pretexto, sino una oportunidad para hablar y reflexionar sobre la esperanza en este año jubilar que tiene el lema: *Peregrinos de esperanza*.

Voy a referirme constantemente al libro señalado, pero también trataré de reforzar algunos aspectos de la esperanza cristiana que no están

Estudio Agustiniano, Vol. 60 (2025) 193-216
ISSN: 0425–340X; ISSN–e: 2792–260X
CC BY NC ND
DOI: 10.53111/ea.v60i1.1192

suficientemente señalados. De todos modos, el libro es muy sugerente, pues, aunque parte de la reflexión filosófica, reconoce que la esperanza solamente se puede entender desde una dimensión trascendente, es decir, que no es un asunto puramente intramundano.

El autor nos confiesa al principio del libro que vivimos tiempos de incertidumbre constante y hemos perdido la esperanza y que la vida se ha reducido a una supervivencia. Pero él se rebela contra esta sociedad de la supervivencia y considera que solo la esperanza nos permitiría recuperar una vida en la que vivir sea más que sobrevivir. Nos ofrece un horizonte de sentido, que reanima y alienta la vida, por lo que nos regala el futuro (14). Y más adelante lo reafirma al decir que, sin un horizonte de sentido, la vida se reduce a la supervivencia o, como sucede hoy, a la inmanencia del consumo. Los consumidores no tienen esperanzas. Lo único que tienen son deseos y necesidades. Tampoco necesitan ningún futuro. Cuando el consumo se absolutiza, el tiempo se reduce al presente permanente de las necesidades y las satisfacciones. La palabra esperanza no pertenece al vocabulario capitalista. Quien tiene esperanza no consume (39).

1. Definir la esperanza

Byung-Chul sigue a varios autores que han hablado de la esperanza y como indica el título del libro, la esperanza remite a algo espiritual, a un estado de ánimo[1], a una disposición interior. Así asevera: la esperanza es un estado de ánimo, incluso es un sentimiento básico que permanentemente define y templa la existencia humana. Y hasta puede crecer y convertirse en entusiasmo y euforia (47). La esperanza como estado de ánimo, como sentimiento básico, es anterior al lenguaje. Es ella la que define y templa al lenguaje (48).

Siguiendo a Erich Fromm se puede definir la esperanza como "estado ontológico", como un estado de ánimo, una "disposición interna" la "disposición para una actividad intensa que aún está por ejercer." Es, por tanto, una fuente interior de dinamismo y actividad. Más allá de la activi-

[1] Lo que nos abre por primera vez las puertas a la estancia en el mundo no es el conocimiento, sino el estado de ánimo (Byung-Chul, 2024: 118).

dad ya ejercida, la esperanza nos inspira para la actividad que aún está por ejercer y es la brisa que nos trae el fresco de lo nonato. Renueva nuestro actuar (50-51).

El estado de ánimo tiene la peculiaridad de que, a diferencia del sentimiento o la emoción, no se refiere a nada determinado. Quien tiene esperanza no pretende en principio alcanzar nada concreto[2]. En cambio, el deseo o la expectativa siempre se refieren a un objeto concreto. Por eso, podemos pensar en una persona esencialmente esperanzada. Por el contrario, sería absurdo que un sujeto fuera esencialmente expectante o desiderativo sin referencia a nada concreto, ya que la expectativa y el deseo no son estados de ánimo ni, por tanto, estados ontológicos (129).

El deseo o la expectativa se refieren a un objeto o a un suceso intramundano. Son puntuales. La esperanza, en cambio, desarrolla una narrativa que guía las acciones. Se caracteriza por su duración y su amplitud narrativas. A diferencia del deseo, la esperanza estimula la imaginación narrativa. Sueña activamente. Inherente al deseo es una sensación de carencia, mientras que la esperanza posee su propia plenitud y fuerza luminosa. Una esperanza fuerte no carece de nada. Esperanza desbordante no es un oxímoron. La esperanza es una fuerza, un ímpetu. En cambio, ningún deseo es brioso (46).

Hay que distinguir entre la esperanza pasiva, inactiva y débil y la esperanza dinámica, activa y fuerte. La esperanza pasiva se parece de hecho a un deseo débil. La esperanza activa y fuerte, por el contrario, inspira a las personas para acciones eficaces y creativas (46). La esperanza es el poder vivificante por excelencia, la fuerza que inerva la vida y la preserva de anquilosarse y paralizarse (50).

La esperanza es una intensidad. Viene a ser una plegaria interior del alma, una pasión que se suscita ante la negatividad de la desesperación (24). La esperanza como pasión no es pasiva, sino que conlleva su propia firmeza. Viene a parecerse a aquel activo topo de la historia que, lleno de confianza, excava innumerables túneles en las tinieblas (24-25).

---

[2] El estado de ánimo tiene una intencionalidad totalmente distinta que la emoción. Solo parece difuso porque no se refiere a ningún objeto determinado ni, en general, a nada que tengamos enfrente (…) El estado de ánimo es anterior a la emoción, la precede (Byung-Chul, 2024:131).

Siguiendo a Nietzsche, podemos entender la esperanza como un estado especial del espíritu que se asemeja a un embarazo. Tener esperanza es estar preparado para el nacimiento de lo nuevo (51). Tener esperanza significa estar íntimamente preparado para lo que haya de venir. Nos hace estar más atentos a lo que todavía no existe, sobre lo cual no podemos influir directamente. Incluso el pensamiento y la acción tienen este carácter contemplativo de la esperanza, que es el carácter de la receptividad, del presentimiento, de la espera, de la aceptación (53).

2. La contraposición entre la angustia y la esperanza

Existe una contraposición entre el miedo, la angustia y la esperanza, pero la contraposición más patente es entre angustia y esperanza, pues podemos definirlas como estados de ánimo o estados del espíritu (modos ontológicos o existenciales según Heidegger) que no se refieren a algo en concreto, por el contrario, el miedo, al igual que el deseo o la expectación se refieren a cosas concretas.

La angustia, que actualmente es omnipresente, no se basa realmente en una catástrofe permanente. Lo que más nos atormenta son unos miedos difusos que son estructurales y cuya causa, por tanto, no se puede atribuir a acontecimientos concretos (26). Por eso nos dice que, aunque la esperanza se opone a la angustia, estructuralmente es afín a ella, pues ninguna de ellas se refiere a algo concreto. En eso se diferencia la angustia del miedo, que siempre se siente de algo determinado. Uno no se angustia de nada concreto, sino del hecho mismo de estar en el mundo. Es justamente esta indeterminación la que le confiere tanta intensidad a la angustia. Tampoco el objeto de la esperanza en cuanto que *spes qua* (tener esperanza) se puede representar deforma concreta. Y, sin embargo, la esperanza define y templa radicalmente nuestro ser. Por eso, la esperanza se puede entender, igual que la angustia, como un modo ontológico básico, es decir, como eso que Heidegger denomina existencial (117).

La angustia bloquea la visión, sofoca toda perspectiva. Quien se angustia se siente acorralado. La angustia conlleva la sensación de aprisionamiento y encerramiento. Cuando estamos angustiados el mundo se nos antoja una cárcel. Tenemos cerradas todas las puertas que nos sacarían al

aire libre. La angustia impide el futuro cerrándonos las puertas a lo posible, a lo nuevo (17).

El estado de ánimo básico que prevalece en *Ser y tiempo* es la angustia, estado de ánimo que nos abre a la existencia. Priorizar ontológicamente la angustia por encima de todos los demás temples anímicos no es, en realidad, una decisión meramente metodológica, sino una decisión existencial, pues la angustia no es el único estado de ánimo que abre y esclarece la existencia humana, habiendo también otros temples positivos que lo hacen tan ampliamente como ella (119). Sin embargo, al priorizar la angustia, Heidegger convierte el aislamiento en rasgo esencial de la existencia humana. Heidegger entiende la existencia humana primariamente desde el ser sí mismo[3], y no desde la coexistencia con otros (120).

El desmoronamiento de todas las instancias que infunden sentido y dan orientación se manifiesta como angustia. Según Heidegger, ese desmoronamiento solo puede subsanarse desde el sí mismo. Pero él obvia las formas de existir en las que el yo se trasciende a sí mismo en su dedicación a los demás. Para Heidegger, todo gira siempre solo en torno al yo. La formulación que hace Gabriel Marcel de la esperanza, "pensando en nosotros, he puesto mis esperanzas en ti", no tiene cabida en la analítica existencial heideggeriana de la "existencia" (128).

Heidegger reduce en *Ser y Tiempo* la esperanza en "esperar para sí mismo". Pero la esperanza nunca gira en torno al yo. Tampoco se caracteriza principalmente por el hecho de que "uno se ha hecho consigo mismo". Quien tiene esperanza se trasciende a sí mismo. La fórmula básica de la esperanza es "confiar en". Con la expresión "pensando en nosotros, ha puesto mis esperanzas en ti", Gabriel Marcel resalta esa dimensión de la esperanza en la que el yo se trasciende en un nosotros (135).

Se da una contraposición entre miedo y esperanza, ya que el clima de miedo mata todo germen de esperanza. El miedo puede transformar una sociedad entera en una cárcel, puede ponerla en cuarentena. El miedo

---

[3] Heidegger se aferra a la inmanencia del sí mismo, y renuncia a toda trascendencia que pudiera brindar asidero y dar orientación a la existencia. La existencia solo responde a la "llamada" de su interior, que le exhorta a abrazar su sí mismo más propio. Abrazar el sí mismo más propio ya es para Heidegger una acción, un "actuar en sí mismo" (Byung-Chul, 2024: 122-123).¡

solo instala señales de advertencia. La esperanza, en cambio, va dejando indicadores y señalizadores de caminos. La esperanza es la única que nos hace ponernos en camino. Nos brinda sentido y orientación, mientras que el miedo imposibilita la marcha (16). La esperanza es opuesta al miedo. Esperar significa mirar a lo lejos, mirar al futuro. La esperanza nos abre los ojos a lo venidero (17).

El régimen neoliberal es un régimen del miedo. Hace que las personas se aíslen, al convertirlas en empresarias de sí mismas. La competencia indiscriminada y la presión para rendir cada vez más debilitan a la comunidad. El aislamiento narcisista genera soledad y miedo. También nuestra conducta está cada vez más marcada por el miedo: miedo a fracasar, miedo a no estar a la altura de lo que uno espera de sí mismo, miedo a no poder mantener el ritmo o miedo a quedarse descolgado (26). Ninguna esperanza nace donde impera un clima de miedo. El miedo reprime la esperanza. Por eso, se necesita una política de la esperanza que venza el clima y el régimen de miedo creando una atmósfera de esperanza (32).

Como la angustia aísla a las personas, es imposible compartirla. A base de miedo no se crea ninguna comunidad, ningún nosotros. En la angustia cada uno se aísla en sí mismo. La esperanza, por el contrario, conlleva la dimensión del nosotros. Esperar significa también "propagar esperanza", transmitir la llama, "avivar la llama para que prenda en derredor. La esperanza es el fermento de la revolución, el catalizador de lo nuevo: *incipit vita nova*, "comienza una nueva vida". En cambio, no existe la revolución del miedo. Quien tiene miedo se somete al poder. Solo en la esperanza de un mundo distinto y mejor despierta un potencial revolucionario. Que hoy no sea posible la revolución se debe a que no podemos albergar esperanzas: cuando no tenemos otra cosa a la que aferrarnos más que al miedo, la vida se reduce a la supervivencia (32-33).

La angustia constriñe radicalmente el campo de posibilidades, dificultando así el acceso a lo nuevo, a lo que todavía no es. Por este motivo se opone a la esperanza, que agudiza el sentido para captar lo posible y desata la pasión por lo nuevo, por lo totalmente distinto. Una analítica existencial que en lugar de basarse en la angustia lo hiciera en la esperanza se encontraría con una constitución totalmente distinta de la existencia, y hasta con un mundo distinto (126-127).

Esperanza, fe y amor están emparentados. Achim vor Arnim las llama "las tres bellas hermanas". Cada una de ellas se consagra a las otras.

Quien tiene esperanza, ama o cree, se entrega al otro y trasciende la inmanencia del yo. En cambio, en el pensamiento de Heidegger no tiene cabida el amor ni la fe. A ese pensamiento le falta la dimensión del otro. Quien no sea capaz de dejar de pensar únicamente en sí mismo no podrá amar ni tener esperanza (135-136).

La esperanza no saca sus fuerzas de la inmanencia del yo. Su centro no es el yo. Quien tiene esperanza, está camino del otro. Cuando uno tiene esperanza, confía en algo que lo trasciende. En eso la esperanza se parece a la fe. La instancia de lo distinto como trascendencia es la que me alienta en medio de la desesperación absoluta, la que me capacita para levantarme en el abismo. Quien tiene esperanza es sostenido por algo distinto. Justamente por eso cree Havel que la esperanza tiene su origen en la trascendencia y viene de la lejanía (129).

Considero que hay que resaltar estos dos aspectos, la esperanza tiene su origen en la trascendencia y se centra en el nosotros, es decir, tiene un sentido grupal y comunitario. Pues nadie adquiere esperanza únicamente para sí mismo, la esperanza de los cristianos es siempre esperanza también para Israel, la esperanza de los judíos y de los cristianos es siempre esperanza también para las naciones y es siempre esperanza también para esta tierra y para todos sus moradores (Moltmann, 2004:16).

Hemos de reconocer que, a lo largo de la historia del cristianismo, se acentuó el aspecto de la esperanza individual, por eso se insistió en la salvación personal[4] o del alma individual. Pero, la esperanza cristiana no se puede reducir a la salvación del alma más allá de la muerte, pues perdería todo el poder renovador de la vida y trasformador del mundo; se convertiría en un anhelo gnóstico de redención en medio del valle de lágrimas de este mundo. Tenemos que superar la estéril confrontación entre la esperanza personal y la esperanza cósmica, entre la escatología individual y la escatología universal. Por lo que, no situaremos el alma en el centro en el sentido pietista, ni tampoco situaremos el mundo en el foco de reflexión en un sentido secularista. El eje medular ha de estar ocupado por Dios, el reino de Dios y la gloria de Dios. Así lo muestran las

[4] Las escatologías tradicionalmente medievales, protestantes y modernas se habían concentrado en la esperanza individual, con la que se respondía a las cuestiones acerca de la vida y de la muerte personales (Moltmann, 2004:17).

tres primeras afirmaciones del padrenuestro. Esta glorificación de Dios en el mundo incluye la salvación y la vida eterna de los hombres, la redención de toda criatura y la paz de la nueva creación. De este modo se integra la escatología individual y la universal, la escatología de la historia y de la naturaleza[5] (Moltmann, 2004: 18 y 19).

En la teología de los Padres se puede ver este sentido comunitario de la salvación. Por citar solamente a San Agustín en la *Carta a Proba* 13,24 aparece el aspecto comunitario de la esperanza. Todos buscamos la vida verdadera, lo cual comporta estar unidos a un "pueblo" y solo puede realizarse para cada persona dentro de este "nosotros". Precisamente por eso presupone dejar de estar encerrados en el propio "yo", porque solo la apertura a este sujeto universal abre también la mirada hacia la fuente de la alegría hacia el amor mismo, hacia Dios (*Spe Salvi*, 14).

Tanto la esperanza cristiana como la salvación tienen un sentido comunitario, en el que nunca podemos olvidar a los demás, ya que nuestra vida tiene que girar en torno a la comunión con Jesús, y nuestra relación es con Aquel que se entregó a sí mismo en rescate por todos. Estar en comunión con Jesucristo nos hace participar en su ser "para todos", hace que este sea nuestro modo de ser (*Spe Salvi*, 28). No hay otro modo de ser cristiano sino es vivir en comunión con Jesús que vivió y murió por todos, por lo tanto, nosotros debemos llegar a ser para los demás y para todos.

La esperanza cristiana no solamente es comunitaria, es decir, para la Iglesia o comunidad de los que creen explícitamente en Jesús que ha recibido esta fe, y es encargada de cuidar y trasmitir esta esperanza. La esperanza cristiana es universal para la humanidad entera, pues en ella se manifiesta el señorío de Dios sobre la historia universal como historia única de salvación, aunque los caminos sean diversos. Incluso la esperanza cristiana tiene una dimensión cósmica que abarca también a la creación entera y se nos muestra como una nueva creación, pues esperamos los cielos nuevos y la tierra nueva en que habite la justicia.

---

[5] Tiene pleno sentido comenzar en la escatología con la esperanza personal, seguir luego con la esperanza histórica y llegar en último término a la esperanza cósmica, para finalizar con la glorificación de Dios por ser Dios quien es. El primer efecto de la escatología es la fe personal. Luego viene la vida nueva en este mundo. De ella brota la esperanza en la redención del cuerpo y la expectación de la transformación de todo este mundo en el reino de Dios (Moltmann, 2004:19).

3. La esperanza y la desesperación

Esta esperanza cristiana tiene su origen en Dios y por eso la llamamos esperanza teologal, es una esperanza contra toda esperanza, pues surge con más fuerza en los contextos de desolación y abandono.

Byung-Chul insiste en el sentido paradójico y contradictorio de la esperanza. La esperanza más íntima nace de la desesperación más profunda. Cuanto más profunda sea la desesperación, más fuerte será la esperanza (17). La esperanza es una figura dialéctica. La negatividad de la desesperación es constitutiva de la esperanza (18). La negatividad es esencial para la esperanza desesperanzada. San Pablo en la carta a los Romanos escribe "En contra de toda esperanza, Abraham creyó y tuvo esperanza" (Rom 4,18). Cuanto más desesperada sea una situación, más firme será la esperanza (76).

La esperanza absoluta nace ante la negatividad de la desesperación absoluta[6]. Germina del abismo. La negatividad de la desesperación absoluta es propia de una situación en la que parece que ya no sea posible ninguna acción (68-69).

Cuanto más profunda sea la desesperación más intensa será la esperanza. Esta es la dialéctica de la esperanza. La negatividad de la desesperación cimenta aún más la esperanza. Una esperanza entusiasta tiene raíces más hondas. En eso se diferencia del optimismo, que carece de toda negatividad. La esperanza absoluta hace que vuelva a ser posible actuar en plena desesperación profunda (70). Igual que la dicha profunda, la esperanza solo es posible en la fragilidad. Inherente a ella es la zozobra. La negatividad de la zozobra vivifica y alienta la esperanza. Se da la paradoja de que la luminosa luz de la esperanza se aviva con las tinieblas más profundas. Al optimismo le falta esta dialéctica. (70) El espíritu de la esperanza supone también un avance. Trabaja para avanzar en plenas tinieblas. Sin tinieblas no hay luz (25).

Kafka ilustra la esperanza contra toda esperanza en varias parábolas. La esperanza absoluta es una esperanza desesperanzada o una esperan-

---

[6] Byung-Chul critica la noción de esperanza de Bloch pues no incluye el factor constitutivo de la negatividad. La esperanza de Bloch carece de porfía. No es osada. No ha sido sonsacada de la negatividad de la desesperación (Byung-Chul, 2024: 87).

za del desesperanzado, pues nace en vista de la desesperanza total (…) Nace de la negatividad de la desesperación absoluta. Se caracteriza por su denodada porfía (74 y 76).

Václac Havel asevera que cuanto más adversa sea la situación en la que conservamos nuestra esperanza, tanto más profunda será ésta. En las horas de su desesperación más profunda, cuando estaba en la cárcel, sintió algo de esa esperanza absoluta. La esperanza es una "dimensión anímica", "un estado espiritual". Es una orientación para el espíritu, una "orientación para el corazón" que señala caminos. Conduce a los hombres por territorios en los que no tienen más orientación que ella. Havel no sitúa la esperanza en la inmanencia del mundo, sino que supone que ella viene de otra parte, de una "lejanía". La esperanza hunde sus profundas raíces en lo "trascendente". Esta esperanza es absoluta porque no depende del curso intramundano[7] de las cosas. Es inasequible a todo pronóstico, a todo cálculo (81-83).

La esperanza trasciende la inmanencia del albedrío humano. Hace que despunte un más allá de lo humano. Solo nace en vista de la negatividad absoluta. Es el desierto lo que la hace germinar. Paul Celan describe el carácter negativo y trascendente de la esperanza (84). El "gris negruzco del páramo" representa la negatividad, que es tan característica de la esperanza. El árbol de la esperanza crece en el páramo. Además, la esperanza habita en un más allá, en una trascendencia que no se puede describir, sino solo cantar. Trasciende la inmanencia de lo meramente humano (85).

El autor cita a san Pablo para decir que la negatividad es inherente a la esperanza (Rom 5, 3-5), pero no extrae todas las consecuencias de esta afirmación, pues en el cristianismo queda palmaria esta contradicción. Dado que el centro de la fe cristiana es el misterio pascual, la muerte y la resurrección de Jesucristo, por eso se dice de la cruz a la luz, pues la verdad de la fe cristiana es que el crucificado ha resucitado. La contradicción

---

[7] La esperanza como estado de ánimo básico no está sujeta a ningún suceso intramundano (…). A diferencia de la esperanza, la expectativa y el deseo están vinculados a un objeto o a un acontecimiento intramundano. La esperanza es abierta, se dirige a lo abierto (…). Como estado del espíritu, tiene una intensidad y una hondura que le vienen justamente de la falta de objeto intencional (Byung-Chul, 2024:132).

de la resurrección respecto de la cruz, supone que la vida del resucitado contradice su misma muerte[8].

No es posible hablar de la esperanza de la resurrección sino desde el sufrimiento y desde la cruz. Como afirma Moltmann (1975:14): "la teología de la cruz no es otra cosa que el reverso de la teología cristiana de la esperanza," es decir, no se puede entender la esperanza cristiana sin la cruz, la esperanza cristiana nace desde la cruz. El Dios crucificado que ha asumido el dolor de la creación padeciendo el mismo sufrimiento de los hombres es el Dios de la esperanza que alienta el compromiso de los seres humanos en la lucha por la liberación de toda injusticia, de todo mal que existe en el mundo, y ese mismo Dios nos invita a caminar con gozo hacia aquel que vendrá a consumar la nueva creación de los cielos nuevos y la tierra nueva. El dios crucificado es el mismo que el resucitado[9], el dios encarnado que se humilla hasta una muerte en la cruz, es el mismo resucitado y glorificado por Dios.

Este mismo contraste se encuentra en los discípulos que ante la muerte de Jesús están desmoralizados, pues están afectados por la muerte ignominiosa del crucificado: habían puesto su confianza en él y tenían ciertas expectativas que fueron truncadas por su muerte en la cruz[10], pero ellos fueron transformados por la experiencia de la resurrección. La esperanza de los discípulos brota de la resurrección de Jesús y del reencuentro con él. Su esperanza en el Reino es una esperanza recobrada y con las señas de identidad del Crucificado. Cristo resucitado "es la esperanza" (Col. 1,27) para la tradición cristiana (Vitoria, 2024: 19-20).

El hechizo del dogma de la desesperanza: *ex nihilo nihil fit* queda roto allí donde se reconoce a Dios como aquel que resucita a los muertos. Allí donde en la fe y en la esperanza se comienza a vivir orientado hacia estas posibilidades y promesas de Dios, se abre la plenitud integral de la vida

---

[8] La resurrección de Cristo es la victoria sobre el poder de la muerte y la manifestación de la vida imperecedera y eterna (Moltmann, 2004: 428).

[9] Sólo siguiendo al Cristo resucitado de la pasión, al Cristo resucitado de la muerte en abandono de Dios y del sepulcro, llega la fe a tener una mirada despejada hacia el horizonte en que no existe ya tribulación alguna, hacia la libertad y la alegría (Moltmann, 1981: 25).

[10] Los discípulos parece que habían puesto la esperanza en Cristo solamente en esta vida. Por eso como nos dice Pablo 1ª Cor 15, 19: Si nuestra esperanza en Cristo solamente vale para esta vida, somos los más desdichados de todos.

como vida histórica y, por ello, como vida que debemos amar. Solo en el horizonte de este Dios resulta posible un amor que sea algo más que *philia*, algo más que amor a lo existente y a lo idéntico, un amor que es *ágape*, amor a lo no existente, amor a lo desigual, indigno, fútil, a lo perdido, pasajero y muerto; un amor que puede tomar sobre sí el elemento aniquilador del dolor y del extrañamiento, porque recibe su fuerza de la esperanza en la *creatio ex nihilo* (Moltmann, 1981: 39-40).

La resurrección de Cristo es la contradicción[11] de Dios al sufrimiento y la muerte, a la humillación y la injuria, a la maldad del mal. Pablo llama a la muerte el "último enemigo" (1ª Cor 15,16); también hay que proclamar, a la inversa, que el Cristo resucitado -y con él, la esperanza de la resurrección- es el enemigo de la muerte y de un mundo que se conforma con ella. La fe se introduce en esta contradicción, y con ello se convierte a sí misma en una contradicción contra el mundo de la muerte (Moltmann, 1981: 27).

La esperanza cristiana se apoya en el Dios que resucita a los muertos y crea el ser de la nada, nuestra esperanza es confiar en aquel que crea vida de la muerte. Este es nuestro "imposible" confiado al Dios que resucita a los muertos, el amor tiene una esperanza más allá de la muerte. Y es precisamente esta esperanza contra la muerte la que nos dispone a luchar contra todo dolor, toda injusticia, toda situación de muerte e inhumanidad, precisamente porque creemos y esperamos en el Dios que ha derrotado a la muerte[12].

La esperanza cristiana es realista pues nace y se alimenta de los sufrimientos y vida diaria de los cristianos no es algo completamente sobrenatural, sino que se asienta en la constitución antropológica, por eso sabe de fracasos y derrotas, pues son parte de nuestro caminar histórico. Por eso afirma Vitoria (2024: 22) que la experiencia de la crisis de las expec-

---

[11] En todo el Nuevo Testamento la esperanza cristiana se dirige a lo que todavía no se ve; es, por ello "esperar contra esperanza" (…). La contradicción en que la esperanza coloca al hombre con respecto a la realidad actual de sí mismo y del mundo, es precisamente la contradicción de la que nace esa esperanza, es la contradicción de la resurrección respecto de la cruz (Moltmann, 1981: 23).

[12] La resurrección de Jesús crucificado responde primariamente a la pregunta por el sentido en el contexto del deseo de que haya justicia para las víctimas de la injusticia; y, por añadidura, de que la vida después de la muerte sea el destino de la humanidad (Vitoria, 2024: 13).

tativas históricas de la modernidad ha servido para purificar la esperanza cristiana, liberándola de la grave hipoteca: confundirla con el optimismo histórico. Es una esperanza que lleva consigo, desde su misma matriz, las señales de sus derrotas. Es una esperanza crucificada desde su origen.

Por esta razón, en estos tiempos de incertidumbre y de alarmas apocalípticas necesitamos, más que nunca, activar esa *memoria crucis* y recordar que, como decía Walter Benjamin, "solo a causa de los desesperanzados, se nos ha dado la esperanza" (Vitoria, 2024: 23).

4. El optimismo, la psicología positiva y la esperanza

La esperanza cristiana, aunque en algún momento de la historia ha estado unida a la utopía del progreso y la mejora del mundo y de la sociedad, no se puede confundir con el optimismo histórico[13], pues todos los logros que se consiguen en la vida son claramente esperanzas históricas inmanentes, mientras que la esperanza cristiana es escatológica. Por eso, a pesar de los fracasos y de los vaivenes de la historia, sigue adelante pues está siempre lanzada al futuro, al *todavía no*. La esperanza cristiana tiene que ser crítica siempre contra cualquier realización histórica.

La esperanza cristiana que se apoya en la resurrección de la muerte y en la nueva creación no puede ser reducida mediante "un trascender sin trascendencia", ni a las utopías ni tampoco al "principio esperanza". Por eso, la esperanza cristiana, en contra de las utopías de la humanidad[14], en las cuales vivió durante el siglo XIX, reflexiona sobre el propio núcleo,

---

[13] La esperanza se distingue radicalmente de lo que Bloch llama "optimismo militante". La esperanza me infunde ánimos en medio de la desesperación absoluta. Gracias a ella vuelvo a levantarme. Quien tiene esperanza se hace receptivo para lo nuevo, para nuevas posibilidades que, de no haber esperanza, ni siquiera se percibirían. El espíritu de la esperanza habita en el campo de posibilidades que trasciende la inmanencia de la voluntad (Byung-Chul, 2024: 115).

[14] Todas las utopías del reino de Dios o del hombre, todas las imágenes de esperanza acerca de la vida feliz, todas las revoluciones de futuro se agitan en el aire y llevan en sí mismas el germen de la corrupción y del aburrimiento, y por esto tratan también a la vida de una manera militante y opresora, en tanto no exista seguridad en la muerte y no exista una esperanza que lleve el amor más allá de la muerte (Moltmann 1981: 453). En nombre

que está en la resurrección de los muertos y en el aniquilamiento de la muerte por la vida (Moltmann 1981: 450).

No es lo mismo pensar con esperanza que ser optimista. A diferencia de la esperanza, el optimismo carece de toda negatividad. Desconoce la duda y la desesperación. Su naturaleza es la pura positividad. El optimista está convencido de que las cosas acabarán saliendo bien (19) (…). A diferencia del optimismo, que no carece de nada ni está camino de ningún sitio, la esperanza supone un movimiento de búsqueda. Es un intento de encontrar asidero y rumbo. Quizás sea precisamente por eso que nos lanza hacia lo desconocido, hacia lo intransitado, hacia lo abierto, hacia lo que todavía no es, porque no se queda en lo sido ni en lo que ya es. Pone rumbo a lo que aún está por nacer. Sale en busca de lo nuevo, de lo totalmente distinto, de lo que jamás ha existido (20).

El optimismo no hace falta conquistarlo. Se tiene sin más como algo obvio, igual que uno tiene su talla corporal o un rasgo personal invariable… El optimista no necesita razonar su actitud. En cambio, la esperanza no la hay sin más como algo obvio. Nace. Muchas veces hay que suscitarla y concitarla expresamente. A diferencia del optimismo, falto de toda resolución, la esperanza activa se caracteriza por su entusiasmo. El optimista no actúa de propio. Toda acción conlleva un riesgo. Pero el optimista no arriesga nada (20).

En el fondo, el pesimismo no se diferencia tanto del optimismo. En realidad, es su reflejo inverso. También el pesimista vive en un tiempo cerrado…Tanto el optimista como el pesimista son ciegos para las posibilidades. Nada saben de eventos que puedan dar un giro sorprendente al curso de los acontecimientos. Carecen de imaginación para lo nuevo y son incapaces de apasionarse con lo que jamás había existido. En cambio, quien tiene esperanza apuesta por las posibilidades que nos sacarían de "lo que no debería existir". La esperanza nos permite escapar de la cárcel del tiempo cerrado (21).

La psicología positiva se desliga de la psicología del sufrimiento y trata de ocuparse exclusivamente del bienestar y de la dicha. Si a uno le ator-

---

de utopías de todo tipo, los seres humanos habíamos sembrado la historia de barbarie y de terror. Aún con las mejores intenciones de crear el cielo en la tierra, la utopía solo había conseguido crear un infierno (…) (Vitoria, 2024: 6).

mentan los pensamientos negativos, lo que tiene que hacer es cambiarlos en el acto por positivos. La psicología positiva tiene como objetivo hacer que la dicha sea mayor. Los aspectos negativos de la vida se obvian por completo (…). Según la psicología positiva, cada uno es el único responsable de su propia felicidad. El culto a la positividad hace que las personas a las que les va mal se culpen a sí mismas, en lugar de responsabilizar de su sufrimiento a la sociedad (…). El culto a la positividad aísla a las personas, las vuelve egoístas y suprime la empatía, porque a las personas ya no les interesa el sufrimiento ajeno. Cada uno se ocupa solo de sí mismo, de su felicidad, de su propio bienestar. En el régimen neoliberal, el culto a la positividad hace que la sociedad se vuelva insolidaria. A diferencia del pensamiento positivo, la esperanza no da la espalda a las negatividades de la vida. Las tiene presentes. Además, no aísla a las personas, sino que las vincula y reconcilia. El sujeto de la esperanza es un nosotros (21-22).

Volvemos al sentido comunitario de la esperanza, pues no podemos salvarnos solos, la felicidad no puede ser para unos pocos y la esperanza acepta las negatividades de la vida. La esperanza cristiana no es el reverso del optimismo histórico moderno. Tampoco un reconstituyente para vivir en la posmoderna sociedad del desánimo. La esperanza es un antídoto para no ser vencidos de antemano por la incertidumbre y el catastrofismo. La esperanza, equipada con las señas de identidad de Jesús resucitado es interrupción del presente y anticipación en él del futuro humano para quienes no tienen esperanza: los "sobrantes" y los crucificados de este tiempo, tan perplejo y tan indiferente a sus gritos de dolor (Vitoria, 2024: 9).

5. La modalidad temporal de la esperanza

La modalidad temporal de la esperanza es el todavía no. Está abierta a lo venidero, a lo que aún no es. Es una actitud espiritual, un temple anímico que nos eleva por encima de lo ya dado, de lo que ya existe (...). Esperar significa "conceder un crédito a la realidad", tener fe en ella, dejarla que se preñe de futuro. La esperanza nos hace creer en el futuro (23).

Derrida distingue dos formas de tiempo venidero: el futuro y el advenimiento. El futuro trae cosas que se producirán más tarde: mañana,

el año que viene o cuando sea. *El tiempo venidero como futuro* se puede predecir, planear y calcular. De este modo, se puede administrar. En cambio, *el tiempo venidero como advenimiento* se refiere a acontecimientos que pueden irrumpir de forma totalmente imprevista. El advenimiento es inasequible a todo cálculo y planificación. Abre un campo de posibilidades incierto. Anuncia la venida de lo distinto, que no es predecible. Se caracteriza por su indisponibilidad (23-24).

La esperanza habita en el futuro. Diríamos que el animal puede hablar si entendemos por tal la emisión de señales que significan algo. Pero lo que no puede es prometer. Además, el lenguaje del animal no es narrativo. No puede narrar. A diferencia del deseo, del que el animal sí es capaz, la esperanza tiene una estructura narrativa. La narración presupone una conciencia marcadamente temporal. El animal no es capaz de desarrollar una idea del mañana, pues esa idea tiene carácter narrativo. El futuro narrativo es inalcanzable para el animal (49).

A diferencia del amor, la esperanza no atiende a lo sido, sino a lo venidero, y conoce lo que todavía no es. La temporalidad de la esperanza no es el haber sido, sino el futuro. Su modo de conocer no es retrospectivo, sino prospectivo. Es una "pasión por lo posible" que dirige la mirada hacia lo que aún no es, hacia lo no nacido. Se abre a la realidad de posibilidades futuras (99).

La existencia no puede acceder a posibilidades ontológicas que todavía no hay y que son solo venideras. No es capaz de elevarse por encima de lo que ya ha sido. Haber sido es el tipo de temporalidad que corresponde a la situación existencial de haber sido arrojado. A la existencia "que se angustia" se le cierran las puertas del tiempo venidero como advenimiento (126).

Quien tiene esperanza no pone su atención en la esencia, en lo que ha sido ni en la presencia de las cosas (*presentiam rerum*), sino en su futuro, en sus posibilidades futuras. El pensamiento esperanzado no se articula en conceptos, sino en anticipaciones y en presentimientos. Es la esperanza la que nos abre al campo de posibilidades antes de que podamos fijarnos un objetivo concreto (100).

Hegel, según Byung-Chul, dice que la filosofía solo capta lo que ya se ha hecho historia, es decir, lo que ha sido. Hegel le niega a la filosofía la capacidad de captar lo venidero. La filosofía es una reflexión posterior y no un pensamiento precursor. No es prospectiva. Sino retrospectiva. En

cambio, el pensamiento esperanzado[15] descubre en la realidad nuevas posibilidades suyas que todavía no había habido (101-102).

Heidegger tampoco acierta a captar la temporalidad de la esperanza cuando la entiende desde "ese modo de ser que es haber sido." En cambio, el modo característico de la esperanza es el de no ser aún. Heidegger desconoce esa forma de tiempo venidero que es el advenimiento (136). La existencia heideggeriana no sueña hacia delante, con la mente puesta en el futuro. Es incapaz de soñar despierta. Y, si lo hiciera ¿qué vería? Solo se vería a sí misma atormentada por malos sueños y pesadillas. La angustia tiene cerradas las puertas al futuro como ámbito de posibilidades. La angustia no es previsora ni visionaria. En cambio, la esperanza nos abre las puertas al futuro, a lo venidero, a lo nonato, a lo latente, a lo que aún se está gestando. La esperanza es un estado de ánimo mesiánico (137).

El pensamiento heideggeriano es griego porque se orienta por lo sido, todo gira en torno a la esencia, en torno a lo sido. No hay ninguna apertura que nos saque fuera del cierre de la esencia. Siempre se trata de captar o de preservar las cosas en su esencia, es decir, de preservarlas en lo que han sido. Es la esencia, en cuanto que lo sido, lo que nos gusta y a lo que nos acercamos, pero no hacia delante, sino hacia atrás: no soñando, sino recordando. El pensamiento heigeggeriano está atrapado entre el olvido y el recuerdo. Por eso, tiene cerradas las puertas a lo que vendrá, es decir, al tiempo venidero como advenimiento (138-139).

El sueño se nutre de esperanzas. Las cosas tienen esperanza cuando sueñas. O sueñan porque tienen esperanza. La esperanza las libera de su calabozo histórico, porque les abre las puertas de lo posible, de lo nuevo, de lo venidero, de lo nonato. Y así las salva, llevándolas al futuro. Ayuda a que las cosas encuentren su verdad más profunda rompiéndoles sus costras y sacándolas de sus anquilosamientos, que se habían creado con el paso del tiempo histórico. La esperanza vive con sus sueños en un tiempo mesiánico (105).

Infundidos del espíritu de la esperanza, contemplamos lo venidero incluso en el pasado. Lo venidero como lo realmente nuevo, como lo dis-

---

[15] El pensamiento de la esperanza desplaza el interés cognoscitivo desde el pasado hacia el futuro, desde lo sido hacia lo venidero, y opone al ya de siempre, como temporalidad de la esencia, el todavía no (Byung-Chul, 2024: 109).

tinto, es el sueño, la visión que el pasado soñó despierto. Sin el espíritu de la esperanza nos quedamos atrapados en lo igual. Ese espíritu rastrea en el pasado las huellas de lo venidero. Como dicen las bellas palabras de Benjamin: "El pasado lleva consigo un índice secreto que le recuerda que hay una redención" (109).

En las visiones que tenemos cuando soñamos despiertos nos imaginamos lo venidero, lo que todavía no existe, lo que aún no ha nacido. En esas visiones estamos atentos al futuro, mientras que en los sueños nocturnos lo que se nos aparece es el pasado. Cuando soñamos despiertos soñamos hacia delante, con la mente puesta en el futuro, mientras que cuando soñamos dormidos sonamos hacia atrás, con la mente puesta en el pasado (55).

Los sueños nocturnos no nos animan a actuar conjuntamente. En ellos cada uno está aislado en sí mismo. En cambio, las visiones que tenemos cuando soñamos despiertos engloban a un nosotros que está dispuesto a actuar para mejorar el mundo. Solo los visionarios que sueñan despiertos son capaces de sacar adelante una revolución (57-58). Las visiones con que soñamos despiertos tienen un potencial utópico e implican una dimensión política, mientras que los sueños nocturnos se quedan en lo privado. Belleza, elevación y sublimidad solo son posibles en las visiones con que soñamos despiertos. Los sueños nocturnos carecen de horizonte y de ímpetu utópicos. En ellos somos reacios a actuar. En cambio, los revolucionarios sueñan de día. Sueñan hacia delante, con la mente puesta en el futuro, y lo hacen en común. Una fuerte esperanza nos hace soñar despiertos las visiones de un mundo mejor (…). Los sueños nocturnos no tienen dimensión de futuro (58).

6. La esperanza cristiana

Si tuviéramos que resumir en una palabra el centro de la fe cristiana tendríamos que afirmar que es la creencia en la vida eterna, precisamente es la esperanza cristiana la virtud teologal que nos ayuda a esperar la vida eterna como felicidad nuestra. Por supuesto, no se puede entender esta creencia cristiana sino desde el misterio pascual de Cristo, muerto y resucitado. La resurrección de Jesucristo es el punto de inflexión de nuestra fe, y nuestra creencia en la vida eterna tiene como base la resurrección,

Cristo ha resucitado[16] y nosotros que participamos de esa misma fe también resucitaremos y tendremos la vida divina[17], nuestra vida tiene un sentido porque está orientada al encuentro definitivo con el Señor en la gloria.

En su integridad, y no sólo en un apéndice, el cristianismo es escatológico; es esperanza, mirada y orientación hacia adelante, y es también, por ello mismo, apertura y transformación del presente. Lo escatológico no es algo situado al lado del cristianismo, sino que es, sencillamente, el centro de la fe cristiana. Pues la fe cristiana vive de la resurrección de Cristo crucificado y se dilata hacia las promesas del futuro universal de Cristo (Moltmann, 1981: 20).

La esperanza cristiana tiene una dimensión escatológica. La esperanza cristiana no tiene su sede en la inmanencia de la acción, sino en la trascendencia de la fe. En su teología de la esperanza Moltmann afirma: "La esperanza cristiana se dirige a un *novum ultimum*, a la nueva creación de todas las cosas por el Dios de la resurrección de Cristo. Abre así un amplísimo horizonte de futuro, que engloba también a la muerte. La esperanza cristiana también puede y debe integrar en ese horizonte las esperanzas limitadas en la renovación de la vida suscitándolas, relativizándolas y orientándolas" (Moltmann, 1981: 42).

La esperanza cristiana no nos lleva a una pasividad inactiva, sino que nos mueve a actuar, inspirando nuestra imaginación y despertando una "capacidad inventiva" "para romper con lo antiguo y abrirnos a lo nuevo". La esperanza no nos evade del mundo, sino que nos hace "anhelantes de futuro". Su esencia no es la retirada quietista, sino el *cor inquietum*, el "corazón inquieto." La esperanza no obvia el mundo ni lo escamotea, sino que se enfrenta a él y a toda su negatividad, y los recurre. Así es como alimenta al espíritu de la revolución… Al espíritu de la esperanza le es inherente la resolución para actuar. Quien tiene esperanza es inspirado

---

16 La escatología cristiana habla de Jesucristo y del futuro de éste. Conoce la realidad de la resurrección de Jesús y predica el futuro del resucitado (Moltmann 1981:22).

17 La vida divina comunicada es también vida eterna, vida en participación en la vida divina. Pero no es únicamente vida en el más allá, "después de la muerte", sino que ya aquí es un despertar, un nuevo nacimiento y un dotar de nuevas energías vitales a la vida terrena… La charis es también la vida recibida de la plenitud de Dios y se muestra como nueva vitalidad y gozo exuberante. La reacción a la charis es chara, el gozo (Moltmann, 2004: 428).

por lo nuevo, por el *novum ultimum*. La esperanza arriesga el salto a una nueva vida (68).

La categoría del *novum* es inaugurada por la resurrección de Cristo de entre los muertos, es una nueva creación que se enciende en medio de las dificultades y padecimientos que experimentamos en este tiempo, la esperanza de la nueva vida.

La esperanza cristiana es escatológica, por lo tanto, va más allá de la muerte, no es algo que se pueda realizar en nuestra historia, aunque comienza aquí y ahora, no se puede confundir con un proyecto mesiánico o milenarista que no podrá ser otra cosa que un reino del hombre, sino que apunta siempre al futuro, al Reino de Dios. Pero la escatología cristiana tiene una dimensión comunitaria, no enseña esperanza solo para el alma, sino también para el cuerpo; no solo para el individuo, sino también para la comunidad; no sólo para la Iglesia, sino también para Israel; no solo para los hombres, sino también para el cosmos (Moltmann 2004: 46).

7. Conclusión

La esperanza es una parte constitutiva de nuestra naturaleza humana, es nuestra capacidad de aspirar a un futuro y a una vida mejor, es parte de nuestros anhelos y aspiraciones vitales, es como aquel motor que nos impulsa a soñar y trabajar por un mundo mejor. Por eso, en el mundo en que vivimos lleno de incertidumbres y desasosiegos hemos de reivindicar la esperanza, pues la necesitamos para vivir. Necesitamos las pequeñas esperanzas, para que reanimen nuestra existencia y que nuestra vida no sea ya una mera supervivencia, sino que nos regale una vida y futuro con sentido. Pues, como dice Camus, la esperanza es la vida misma, *la vie meme*[18]. Vida y esperanza son lo mismo. Vivir significa tener esperanza. Y, como nos recuerda Moltmann[19], (1981: 40) habrá que decir que vivir sin esperanza es como no vivir.

---

[18] Byun-Chul 2024: 44.

[19] La expectativa hace buena la vida, pues en ella el hombre puede aceptar todo su presente y puede encontrar alegría no sólo en la alegría, sino también en el sufrimiento, puede encontrar felicidad no sólo en la felicidad, sino también en el dolor. De esta manera

Como la esperanza es una virtud, hemos de decir con Bloch que "se puede aprender". Pero hace falta que queramos "aprenderla". En el prólogo de *Principio Esperanza* se nos dice que en la época reciente se ha logrado aprender fácil y directamente que es el miedo y se ha alcanzado un dominio absoluto de este arte. Sin embargo, ha llegado el momento de aprender la esperanza (31-32).

Se ha considerado que la esperanza es opuesta a la acción (…). Haciéndonos concebir ilusiones, la esperanza nos distraería del tiempo presente, de la vida aquí y ahora (…). Así piensa Camus[20] pero no es cierto lo que dice. La esperanza nos hace perseverar a pesar de todos los males del mundo. Nietzsche entiende la esperanza como una resuelta afirmación de la vida, como una porfía (37-38). La esperanza es lo opuesto a la resignación, no es algo pasivo, sino que supone resistencia, entereza, paciencia, perseverancia para "plantar cara" a la adversidad, sabiendo que esta firmeza y paciencia producen esperanza, es decir, la esperanza se va afianzando en medio de las dificultades.

Las personas pueden actuar porque pueden esperar. No se puede recomenzar sin esperanza. El espíritu de la esperanza inspira para actuar. Infunde una pasión por lo nuevo. De este modo, la acción pasa a ser una pasión. Quien no sueña hacia delante, con la mente puesta en el futuro no se atreve a recomenzar. Sin el espíritu de la esperanza, la actividad se reduce a mero hacer o a resolver problemas (64).

La esperanza como "estado espiritual" no puede verse defraudada, porque no depende del curso intramundano de las cosas (88). Frente a lo que Bloch supone, la esperanza no depende de cómo acaben saliendo las cosas como observa Havel[21] con acierto. El contenido de la esperanza es el profundo convencimiento de que algo tiene sentido, sin importar cómo acabará resultando. Su sitio está en la trascendencia, allende el curso in-

---

la esperanza atraviesa la felicidad y el dolor, puede vislumbrar en las promesas de Dios un futuro también para lo pasajero, para lo moribundo y para lo muerto (Moltmann,1981:40).

[20] Camus no alcanza a entender la esperanza en toda su amplitud. La deniega por completo la dimensión de la acción. No se da cuenta de que en la esperanza se encierra una dimensión activa, que nos mueve a actuar y nos inspira para lo nuevo (Byung-Chul, 2024: 39).

[21] La esperanza no es optimismo. No es convencimiento de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, al margen de cómo salga luego (Byun-Chul, 2024: 82).

tramundano de las cosas. Como fe, permite actuar en medio de la desesperación más absoluta (88).

Por eso, aunque necesitamos tener esperanzas -más grandes o más pequeñas-, sin la gran esperanza que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan (*Spe Salvi*, 31). Y aunque estas esperanzas se vayan cumpliendo, en realidad no nos satisfacen por completo. "Está claro que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá. Es evidente que sólo puede contarse con algo infinito, algo que será siempre más de lo que nunca podrá alcanzar" (*Spe Salvi*, 30). Por lo tanto, hemos de reivindicar la gran esperanza, es decir, la esperanza teologal que nos viene de Dios[22] como gracia. Esta virtud está enraizada en la constitución antropológica del ser humano, y esta gran esperanza nos puede dar lo que nosotros no podemos alcanzar.

El pensamiento heideggeriano de lo que ha sido, de la esencia, de lo que campa como habiendo sido. Es un pensamiento centrado en la angustia, en la muerte[23]. Por el contrario, el pensamiento de la esperanza no se rige por la muerte, sino por el nacimiento; no se rige por la "estancia en el mundo", sino por la venida del mundo. La clave fundamental de la esperanza es la venida al mundo como nacimiento (139-140).

Para Heidegger todo gira siempre sólo en torno al yo, en cambio la esperanza siempre está abierta al nosotros, tiene una dimensión comunitaria. La esperanza conlleva la dimensión del nosotros, esperar siempre es propagar la esperanza, esperar con otros y esperar por otros. No podríamos estar alegres en la esperanza (Rom 12,12) si ésta no incluyera a los otros, si lo que espero para mí no lo esperara también para aquellos a quienes amo y para toda la humanidad. El amor y la angustia se excluyen mutuamente. En cambio, en la esperanza anida el amor[24].

---

[22] Es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (*Ef* 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y nos sigue amando "hasta el extremo" (*Spe. Salvi*, 27).

[23] La depresión mata toda esperanza de la humanidad. Nada nuevo viene al mundo. No existe el futuro que vivifica, alienta e inspira. No hay advenimiento. La depresión es diametralmente opuesta a la esperanza como pasión por lo nuevo. La esperanza es el salto, el afán que nos libera de la depresión, del futuro agotado (Byun-Chul, 2024: 34-35).

[24] La esperanza no aísla, sino que reconcilia, vincula y une. La angustia es incompatible con la confianza y con la comunidad, con la proximidad y con el trato provoca

Pues el fundamento radical de la esperanza cristiana es el amor gratuito e incondicional de Dios, su carácter redentor, es decir, siempre dispuesto a rehacer la historia mal hecha y nuestras propias vidas. Solamente siguiendo la enseñanza del mandamiento nuevo del amor podemos seguir colaborando en la transformación de nuestro mundo pues la esperanza decisiva comienza aquí y ahora. Lo que esperamos tendrá una realización definitiva, pero ya tiene en nuestro hoy una configuración imperfecta. No se pueden separar totalmente las realidades últimas de la penúltimas. El más allá o la vida eterna no es una vida que no tenga nada que ver con la que vivimos aquí. Es verdad que se pondrá fin al sufrimiento, a la debilidad, a la muerte, pero será la consumación de los que hemos ido construyendo a lo largo de nuestra vida con nuestras decisiones libres. Será la consumación de la propia historia que estamos viviendo en nuestro presente.

No obstante, la tarea encomendada por Dios a la Iglesia y todavía pendiente de realizar en nuestra historia tendrá siempre el estigma del fracaso, las marcas del sufrimiento y de la muerte, la traza identitaria del amor impotente de Jesús que, al mismo tiempo, jamás se da por vencido (2ª Co 4,8-10) (Vitoria, 2024:11).

El Dios cristiano es el Dios de la esperanza por los que nos abre al futuro, este es el carácter constitutivo de Dios, es un Dios de la promesa y de la salida del presente hacia lo nuevo, abierto a lo venidero. Por eso es, como dice Pablo, el Dios que resucita a los muertos y hace ser a lo que no es (Rom 4,17). Este Dios está presente allí donde se aguardan sus promesas en esperanza y cambio. Merced al Dios que hace ser a lo que no es, también lo que todavía no existe, lo futuro, se torna "pensable", porque se vuelve esperable (Moltmann, 1981: 38).

---

alienación, soledad, aislamiento, desorientación, desampara y desconfianza (Byun-Chul, 2024: 29).

Bibliografía

Benedicto XVI (2007). *Spe Salvi. Salvados en la esperanza*, Madrid, San Pablo.

Byun-Chul Han (2024). *El Espíritu de la esperanza. Contra la sociedad del miedo*, Barcelona, Herder.

Francisco (2025). *Spes non confundit. La esperanza no defrauda. Bula del Jubileo 2025*, Madrid, San Pablo.

Moltmann, Jürgen (2004). *La venida de Dios. Escatología cristiana*, Salamanca, Sígueme.

Moltmann, Jürgen (1975). *El Dios crucificado*, Salamanca, Sígueme.

Moltmann, Jürgen (1981). *Teología de la esperanza*, Salamanca, Sígueme.

Vitoria Cormenzana, F. Javier (2024). *Dar razón de la esperanza en tiempos de incertidumbre* (CJ cuadernos 239), Barcelona, Cristianisme i Justícia.